

HISTORIA PROBLEMA Y PROMESA

homenaje a
jorge basadre

Capítulo 42



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

FONDO EDITORIAL 1978

© Pontificia Universidad Católica del Perú
Fondo Editorial 1978

Diseño de carátula: Víctor Cumpa

Tuvo a su cargo la revisión técnica: Guillermo Cock

Fotografía: Guillermo Hare

LOS COMUNISTAS Y EL MOVIMIENTO OBRERO: PERU, 1930 - 1931

José Deustua
Alberto Flores Galindo

(1)

Tempranamente se manifestaron en el Perú los efectos de la "gran crisis" del capitalismo desatada en los países centrales el año 1929. No nos interesa reseñar aquí los mecanismos económicos del "crack". Sólo vamos a indicar algunos de sus efectos para las clases populares. De esta manera nos acercamos al escenario en el que actuó el Partido Comunista.

Tres elementos definen inicialmente ese escenario: la desocupación, la reducción de los salarios y el auge de los movimientos de masas.

Tal vez el caso más palpable y evidente de desocupación sea el de la minería, donde el año 1929 laboraban más de 32,000 trabajadores y el año 1932 apenas algo más de 14,000. Quizás estos números sean exagerados, pero podríamos añadir que la *Cerro de Pasco* clausuró varios campamentos y que lo mismo sucedió con otras empresas mineras.

La desocupación se fue irradiando a todo el país. No contamos con más estadísticas que el censo confeccionado por la Junta Pro-Desocupados. Tenemos que según esos cálculos oficiales, a nuestro entender bastante inferiores a la realidad, el año 1931 habían 13,000 desocupados *inscritos*, cifra que asciende en 1932 a más de 20,000. Creemos que en estos cálculos globales no aparecen los trabajadores que tuvieron que soportar el "lock-out" de las empresas, como los mineros de la Cerro. Sin embargo nos pueden servir para indicar cómo la desocupación afectó también a los centros urbanos, a Trujillo, Arequipa y sobre todo a Lima. En la capital hay 5,808 desocupados inscritos en 1931, para llegar a cerca de 8,737 al año siguiente.

En lo que se refiere a la baja de salarios los datos que poseemos nos indican que este fenómeno se va a manifestar de manera desigual, afectando en primer lugar al proletariado agrícola, y en este sector particularmente a los cañeros del norte del país. Lógicamente la crisis afecta, a través de la desocupación y la baja de salarios, a las capas populares ubicadas en las áreas más desarrolladas de la

sociedad peruana. En otras palabras, a la naciente clase obrera más que al campesinado; a la ciudad y a los centros laborales modernos (minas y haciendas agroindustriales) más que al campo y las áreas atrasadas del interior.

Aunque nuestra preocupación central será la clase obrera, no podemos omitir los efectos que la crisis tuvo para la pequeña burguesía no-productora. La crisis afectó, por ejemplo, a la burocracia, cuyas filas se habían incrementado durante el oncenio. Afectó todavía más duramente a los intelectuales. Durante varios meses, para citar un caso, los profesores de la Universidad de San Marcos no pudieron cobrar sus haberes, y después vino la clausura de esta universidad. Desde abril de 1931 se dejó de pagar a los maestros de los colegios y escuelas fiscales de Lima y Callao.

Todo lo que hemos referido hasta aquí constituyó el transfondo de variadas formas de protesta social y de una gran inestabilidad política. Entre 1930 y 1933 se suceden varios levantamientos militares ante la imposibilidad de constituir un gobierno estable: durante esos tres años ocurren 18 levantamientos en diversos lugares del país. Se trata de lo que Jorge Basadre ha denominado el "tercer militarismo".

En cuanto a la protesta social, la expresión más reiterada será la huelga. El movimiento huelguístico adquiere una intensidad y una radicalidad inusual, incluso en comparación con los movimientos de 1913 y 1919. Como señaló el historiador inglés Eric Hobsbawm, la crisis trajo consigo una brusca irrupción de las masas en la vida política. La ciudad comienza a desplazar al campo como escenario principal de los conflictos de clase. Al lado del caudillo y de la asonada militar surgen los partidos de masas, las grandes movilizaciones y la lucha callejera.

A falta de una estadística de huelgas se pueden indicar algunas de las más importantes. En octubre de 1930 los estudiantes de San Marcos entran en huelga: obviamente no se trata de obreros, pero tienen el propósito de realizar una "revolución universitaria", en enero de 1931 los estudiantes toman nuevamente el local de la universidad durante tres semanas que acaban en un violento choque con la policía; posteriormente, en mayo de ese mismo año, van a tener el explícito propósito de vincularse al movimiento popular, comprometiéndose en esta empresa incluso a los estudiantes de una universidad tan tranquila como era la Católica de Lima por entonces. Pero volviendo a 1930, entre el 31 de octubre y el 11 de noviembre se produce un movimiento huelguístico muy fuerte en la sierra central: iniciado en las minas de Morococha se irradió

rápida a los campamentos mineros de La Oroya y Cerro de Pasco, incluso la huelga deriva en motines, con la ocupación de algunos campamentos, destrucción de máquinas, toma de rehenes entre los funcionarios de la empresa norteamericana. Algunos calificaron a este huelga de insurreccional; no lo era necesariamente, pero no se puede negar la radicalidad espontánea de los trabajadores. Esa radicalidad se encuentra repetida después en las huelgas de los colectiveros de Lima (mayo de 1931), los petroleros de Talara (junio), los cañeros de Chiclayo y las telefonistas de la capital. Siempre fueron seguidas por una dura represión, incluso con intervención directa del ejército.

La huelga de los cañeros del norte es un ejemplo bastante adecuado. Hacia 1930 se producen una serie de intentos para constituir organismos sindicales en las haciendas de Lambayeque. Estos intentos alcanzan a progresar en Tumán donde el naciente sindicato rápidamente deriva en posiciones de fuerza contra los dueños de la hacienda, la familia Pardo, por reclamos salariales. El movimiento se difunde a las otras haciendas como Cayaltí y Pomalca, que junto con Tumán entran en huelga. Pero la intransigencia de algunos propietarios, como los Aspíllaga, propicia que la huelga se convierta en una especie de motín. Los trabajadores de Tumán deciden ir a protestar ante el prefecto de Chiclayo, se apropian del ferrocarril de la hacienda, pero antes que lleguen a la ciudad son detenidos por la gendarmería. Después tuvo que intervenir el ejército e incluso la fuerza aérea. Indudablemente los trabajadores no tenían propósitos muy claros, pero en su protesta ellos manifestaban no sólo la búsqueda de mejores condiciones de vida, sino también el deseo de un cambio sustancial que no alcanzan a vislumbrar con claridad, y que apenas se define, para citar una inscripción que en esos días apareció en las calles de Saña, como el anhelo de una "gran transformación" o un movimiento "a la mejicana". La violencia desborda rápidamente los mecanismos normales de la huelga.

La violencia y la tensión social eran fenómenos cotidianos durante los años de la crisis. En enero de 1931, por ejemplo, tiene lugar en Lima un partido internacional de foot-ball, en el cual al terminar el encuentro, el público de segunda entra a la cancha para salir por las puertas de primera, siendo detenidos violentamente por la policía, que hace uso de sus espadines. Un cabo y algunos soldados que estaban de licencia y formaban parte del público resultan heridos. Los otros espectadores dejan de ser tales, toman el estadio y luego la disputa se transforma en un "acto político" cuando deciden espontáneamente marchar por la ciudad, reclamando justicia contra lo que califican como prepotencia de la

policía. Se les unen otros ciudadanos; la policía se ve obligada a abandonar las calles, la turba llega frente a palacio y exige una reparación de parte del propio Presidente Sánchez Cerro. Aunque, según los periódicos de la época, se produjeron algunos actos de violencia irracional contra los comerciantes japoneses, sería demasiado simple explicar este acontecimiento por la presencia de maleantes y extranjeros, como lo hicieron esos mismos periódicos (ver por ejemplo *El Comercio*), por el contrario se trata de una manifestación popular, espontánea, que en el rápido cambio de escenario, del estadio y del partido de foot-ball a las calles y al palacio de gobierno, ejemplifica la tensión de esos días y la radicalidad espontánea de las masas. Podemos añadir que la multitud permaneció dos horas en la plaza de Armas esperando a Sánchez Cerro y que éste prometió ejecutar las sanciones que le exigían.

Estos actos de violencia fueron antecedentes de movimientos mayores como la toma durante dos días de la ciudad de Arequipa y el puerto de Mollendo¹. La culminación de estos acontecimientos, cuyo ritmo tiene cierta independencia en relación al proceso electoral de 1931, será la ocupación militar de la ciudad de Trujillo por los cañeros de Chicama y las clases populares de esa ciudad el 7 de Julio de 1932. La mantuvieron ocupada durante varios días hasta la represión militar y su corolario en los fusilamientos de Chan-Chan.

Podemos afirmar, a partir de la rápida reseña anterior, que nunca antes en la historia del Perú las huelgas y los movimientos urbano-populares habían adquirido un carácter tan violento y habían significado un enfrentamiento aparentemente tan radical con la situación imperante. Pero conviene señalar el carácter fragmentado de estas manifestaciones, la excesiva espontaneidad, la carencia de una adecuada centralización en la lucha. Todos estos movimientos aparecen relacionados por los efectos de una coyuntura, pero no se vislumbran con la misma claridad los objetivos y la organización común.

Además es importante señalar que la agitación urbana no fue acompañada por un ascenso del movimiento campesino. No quiere decir que no ocurrieran conflictos en el campo; se produjeron por ejemplo en Oyolo², pero indudablemente no tuvieron la trascendencia de años anteriores. Las luchas campesinas habían tenido una fase de gran desarrollo entre los años finales del siglo pasado y

1 La Federación Obrera Local de Arequipa, fundada por 1930, dirigió un movimiento huelguístico que depuso al Prefecto de Arequipa el 13 de Mayo de 1931.

2 Distrito de Ayacucho en el que se produjo un sangriento choque entre la policía y los indígenas el 6 de Enero de 1931.

la década de 1910. Hubo un intento en favor de la formación de un ejército campesino encabezado por Rumi-Maqui (Azángaro, 1915-16). Los campesinos consiguieron detener el proceso de expansión de la gran propiedad, pero no tuvieron éxito en el propósito de expulsar a los gamonales y formar un estado independiente que obedeciera a los intereses de las nacionalidades "quechua y aymara". En la década del 20 la agitación campesina tiende a decrecer. Sin embargo es por entonces cuando la influencia campesina se dejará sentir en la vida intelectual a través de los elementos más radicales del indigenismo congregados en torno a Luis E. Valcárcel (el grupo Resurgimiento) y en torno a José Carlos Mariátegui (la revista *Amauta*).

Para el desenlace de la coyuntura fue clave este relativo silencio campesino entre 1930-33. Al fin y al cabo el Perú tenía hacia 1927 unos 6 millones de habitantes, de los cuales cerca de 4 millones eran campesinos. No sabemos qué población estaba adscrita a las haciendas pero presumiblemente debería de ser más del 27.40/o de la población rural censada en 1876, es decir, antes de la gran expansión de la hacienda republicana. Los centros urbanos estaban escasamente desarrollados. La excepción era Lima cuya población llegó en 1931 a más de 300,000 habitantes. Comparar estas cifras con las actuales ayuda a comprender la diferencia entre el Perú de ahora y el Perú de los años de la crisis: entonces era un país fundamentalmente rural y campesino. Por eso el silencio del campo acabó favoreciendo a las minorías y a una solución conservadora de la crisis.

(2)

Durante los años de la crisis al movimiento popular se le plantearon tres grandes opciones: la opción oligárquica, refugiada detrás de la figura de Sánchez Cerro, quien contó con el apoyo de las tendencias fascistoides existentes en algunos gremios patronales como la Sociedad Nacional Agraria y el apoyo financiero de los grandes terratenientes del norte³; la opción aprista representada por la candidatura a la presidencia de la república de V.R. Haya de La Torre y finalmente la opción comunista, que no llegó a tener una presencia clara en la escena electoral. Pero a pesar de esto último, entre fines del 30 y principios del

3 Lo afirmado no significa negar que Sánchez Cerro contó en el momento electoral, con el respaldo de sectores populares. Su propaganda congregó —como señala Martínez de la Torre— “al bajo pueblo, a las capas inferiores del artesanado y del comercio modesto”. Para la oligarquía fue “el mal menor”, en cuyo beneficio los oligarcas dejaron sin apoyo a Osores o La Jara.

año 31, el Partido Comunista del Perú tuvo una presencia y una influencia predominantes en el movimiento obrero. Este hecho no ha sido suficientemente subrayado.

El P.C. del P. había proseguido con la labor de organización del naciente proletariado peruano iniciada por José Carlos Mariátegui. Ejercía un control monolítico sobre la Central General de Trabajadores del Perú (C.G.T.P.) fundada en 1929 y a través de la cual influía aparentemente sobre un sector del proletariado textil, los gráficos, los portuarios, incluso los cañeros del norte, aunque más en Lambayeque que en Trujillo. Desde luego sobre los mineros del centro y llegaba incluso a otros sectores populares como los yanaconas de la costa central. Se deben añadir colectiveros y ferroviarios. La C.G.T.P. era la única central de trabajadores existente. A fines de 1930 la central llevó a cabo su primer plenario nacional, culminado con éxito como lo podría testimoniar la masiva concurrencia de 2,000 asistentes a la sesión de clausura.

Pero además los comunistas estuvieron presentes en las principales movilizaciones de esos meses: encabezaron el movimiento huelguístico iniciado en Morococha a través de algunos dirigentes sindicales como Gamaniel Blanco e incluso con la participación de intelectuales, como Jorge del Prado, el actual Sec. General del Partido Comunista (Unidad) que había entrado por entonces a trabajar como operario minero, y altos dirigentes de entonces como el propio Eudocio Ravínez. También estuvieron presentes en las huelgas de los universitarios de Lima, en las huelgas de los colectiveros y telefonistas. En Talara en cambio se podía notar una preponderancia socialista (L. Castillo). En las haciendas del norte se difundía constantemente el periódico *El Trabajador*. En los primeros meses de 1931 lo que preocupaba a los grandes hacendados de Lambayeque (como los Aspíllaga) no era la presencia aprista sino la de los comunistas, y no era que confundieran apristas con comunistas, porque conocían literalmente con "nombres propios" a los dirigentes que actuaban en las haciendas.

Pero para precisar la influencia de los comunistas es conveniente indicar que ella se ejercía fundamentalmente sobre los dirigentes sindicales y que se realizaba en medio de una confusión entre partido y sindicato. En efecto, los principales dirigentes del P.C., Eudocio Ravínez, Esteban Pavletich y Julio Portocarrero, eran también altos dirigentes de la C.G.T.P. En su declaración de principios se proclamaba explícitamente que sólo "los organismos sindicales del proletariado del país, que reconozcan y practiquen la lucha de clases" formaban

parte de la Central. Lucha de clases, en el contexto, significa aceptar el comunismo, con lo cual se invitaba a excluir a los socialistas e incluso a los anarquistas. Desde su apogeo inicial el partido se fue condenando a un cierto aislamiento. Así, dentro de la confusión entre Partido y Sindicalismo, no alcanzaron a centralizar el movimiento de masas en acciones comunes como hubiera sido un paro nacional, por ejemplo.

A medida que se fue desarrollando el año 1931, los comunistas fueron perdiendo su hegemonía inicial en beneficio del aprismo. Para entonces la preocupación central de la coyuntura no fue el cuartel o la calle sino las ánforas electorales. El 11 de octubre se realizaron las elecciones nacionales para el ejecutivo y la constituyente. El Partido Comunista estaba perseguido, declarado ilegal, impedido de presentar candidato. Sin embargo lanza la candidatura simbólica del indígena puneño Quispe Quispe, pero no cuenta, como tampoco cuentan las candidaturas de Osores o La Jara, en un escenario electoral dominado por la disputa entre apristas y sanchezcerristas. El Partido Aprista Peruano alcanza una votación significativa que llegó al 27% del total de los inscritos. Indudablemente dentro de este porcentaje se encontraban sectores populares. A partir de entonces el aprismo iniciará un liderazgo sobre el movimiento popular.

El P.A.P. había tenido un rápido ascenso paralelo al declive del comunismo. El aprismo como partido recién había hecho su aparición en Setiembre del año anterior. Por entonces se trataba de una agrupación nueva, su líder era poco conocido en el país, no contaba con una simbología característica, incluso se motivaban graciosas confusiones, como cuando los obreros saludaban a Haya con el puño en alto o cantando la Internacional. Después aparecería el característico saludo aprista, el símbolo del cóndor de Chavín, la marsellesa. En Setiembre del 30 Haya podía decir que el aprismo sólo cabía en un sofá. El testimonio fue recogido por L.A. Sánchez. Seoane comentó, recordando esa etapa, que por entonces el aprismo era sólo Haya. Desde esa situación los apristas promueven una activa labor proselitista, editan una prensa novedosa, difunden sus planteamientos en libros y folletos, confeccionan un programa electoral, organizan mítines como el de la plaza de Acho, recorren diversas localidades del país, hacen una activa labor sindical y aprovechan el terreno perdido por los comunistas. El resultado fue la votación obtenida trece meses después que aunque no les dio la victoria, los puso en camino de la hegemonía sobre el movimiento popular. Cuando en 1944 los comunistas reorganizan la Central de

Trabajadores no lo pueden hacer sin el concurso aprista. En 1945 los comunistas serán una minoría dentro de la C.T.P. (Central de Trabajadores del Perú). La influencia aprista sobre el movimiento obrero se mantuvo con absoluta claridad por lo menos hasta 1965. El desenlace de los acontecimientos del año 31 tuvo un carácter decisivo para la historia posterior. ¿Cómo explicar el ascenso del aprismo y el declive del comunismo?

Pero antes habría que señalar que en las elecciones de 1931 estuvieron excluidos los analfabetos, los jóvenes mayores de 18 años y las mujeres. Eran una minoría del país los votantes. Además la población tenía una pobre experiencia eleccionaria. "Impura fue la tradición electoral de nuestro país durante todo el siglo XIX y durante las dos primeras décadas del siglo XX", afirma Jorge Basadre. Los once años de leguismo fueron una persistente negación de la democracia. Por otro lado, el cómputo electoral indicó un alto porcentaje de no sufragantes (170/o) cuya explicación se nos escapa. Con esto estaríamos cuestionando el uso de los resultados electorales como medio para comprender la verdadera correlación de fuerzas existentes en el país.

Pero sería erróneo exagerar. A pesar de todo fue el primer proceso electoral nacional, frente a las objeciones anteriores Basadre responde, con la ponderación que lo caracteriza, de la siguiente manera: "Por cierto, el número de la población electoral reducido a 392,363 ciudadanos (de los cuales sufragaron 323,632) fue hartamente escaso en un país que, según cálculos oficiales, había llegado en 1927 a más de seis millones de habitantes. No ha faltado por allí alguien que lo haya hecho constar. Pero, de otro lado, esos electores no representaron a las altas clases. De ellos, 234,556 fueron mestizos, 97,946 indígenas (bien pocos, por cierto), 3,736 negros y únicamente 56,135 blancos. Y sólo 11,066 habían llegado a la instrucción superior, mientras 124,195 tenían instrucción elemental, 214,242, o sea la gran mayoría, tan sólo poseían la primaria, 41,961 la media y 899 la comercial".

Indudablemente, a pesar de todas las limitaciones que se puedan anotar, dentro del 270/o del electorado aprista habían componentes de extracción popular. Volvamos a nuestra pregunta: ¿Cómo explicar este ascenso del APRA y el declive del Comunismo?

(3)

La pregunta ha sido formulada varias veces y las respuestas han sido

heterogéneas. Vamos a intentar agruparlas.

En primer lugar las respuestas convencionales:

a) La derrota del P.C. se atribuye a la muerte de Mariátegui, cuya obra no fue continuada por los nuevos dirigentes;

b) A la anterior afirmación se añadiría la influencia automática de la III Internacional y el predominio de una línea sectaria que negaba las alianzas y afirmaba la necesidad de un asalto frontal al poder a través de la táctica ultraizquierdista de "clase contra clase";

c) Del lado aprista se señala a la figura carismática de Haya de la Torre.

Pero estas tres interpretaciones omiten las condiciones concretas de la sociedad peruana. Al margen de las características de Mariátegui o de Haya, importa ubicarlos al interior de una coyuntura y comprender las fuerzas sociales que se encuentran tras ellos. Hace tiempo que ha dejado de explicarse la historia por los individuos. En cuanto a la influencia de la Internacional, ésta también se ejerció en Chile, en Cuba y en Venezuela, con resultados diferentes. No se debe pensar a los comunistas peruanos fuera del movimiento comunista internacional, pero no podemos tampoco pensarlos fuera de las diversas historias nacionales.

Frente a estas interpretaciones hay otras que buscan incidir en los factores estructurales. Dos son las más conocidas:

a) La que propone Peter Klarén buscando relacionar el origen del aprismo con la expansión de las haciendas azucareras de Chicama, la destrucción de los hacendados tradicionales y los medianos y pequeños propietarios de ese valle. Pero, si bien el aprismo tiene una dimensión regional, el año 31 ya había trascendido completamente al valle de Chicama. Además, si bien en el norte parece que los pequeños propietarios y los comerciantes se fueron arruinando, en el conjunto del país la clase media se incrementó notablemente, sobre todo durante el oncenio. Por último, Klarén no nos ayuda a entender cómo el proletariado agrícola del norte se volvió aprista, es decir, el proceso que media entre el surgimiento del proletariado cañero y una determinada opción política. Parece olvidar que también tenían la opción comunista como respuesta a la explotación en las haciendas.

b) En la misma orientación se encuentra el análisis de Lisa North. Pero esta politicóloga queriendo superar la limitación regional de Klarén, emprendió un análisis de los resultados electorales de 1931. A partir de ese análisis quiso establecer una "correlación" entre departamentos con alta votación aprista y

departamentos afectados por el desarrollo del capitalismo. Se puede cuestionar los departamentos como una unidad de análisis adecuada, pero aparte de ello resultan demasiado visibles las excepciones, como Tacna, un departamento tradicional donde el APRA obtiene alta votación, o Arequipa (o Callao, Ica y Piura) donde suceden situaciones inversas. En todo caso, aquí como en la tesis de Peter Klarén, estamos ante razonamientos que postulan una relación automática y mecánica entre economía y política.

En las páginas que siguen intentaremos sortear el mecanismo de las dos interpretaciones anteriores. Tanto Klarén como North se refieren prioritariamente a la actuación del APRA. Olvidan que el comunismo fue otra eventual opción para las clases populares, para el proletariado, el año 1931. Por eso, a diferencia de los dos autores mencionados, nosotros queremos insistir en la otra cara del problema, en el personaje generalmente omitido al estudiar las luchas políticas de esos años, el Partido Comunista. De esta manera no estaremos respondiendo cabalmente a la pregunta planteada (el por qué del ascenso aprista y el declive del comunismo); nos acercaremos simplemente a un aspecto del problema que no ha sido tenido en cuenta. Indudablemente el poco éxito de los comunistas facilita la actuación de los apristas, pero no la explica.

Contra la predominancia de las estructuras y el mecanicismo económico que criticamos, se han levantado los análisis últimos de la joven ciencia política latinoamericana. Se ha privilegiado como objeto de análisis a la "coyuntura", al "tiempo corto" de la política, a la voluntad, en otras palabras, a la acción de los hombres sobre la historia. Uno de los más lúcidos representantes de esta perspectiva, Francisco Weffort, plantea que "... la explicación histórica exige, principalmente cuando se trata de un movimiento social, un análisis de las coyunturas en las cuales el movimiento social realiza sus opciones. No se trata, de ninguna manera, de un intento de descalificar la importancia de las condiciones estructurales, sino simplemente de reconocer que éstas sólo se actualizan en la historia al nivel de las coyunturas. Este es el único nivel en que pueden ser eficaces para la explicación histórica". En otras palabras, el análisis histórico debe derivar en la comprensión de la dinámica política. Pero, a diferencia de una historia política convencional, no se niega la importancia de los fenómenos estructurales.

Una lectura que desde nuestro punto de vista resulta discutible, de estas afirmaciones, ha posibilitado una interpretación del enfrentamiento entre aprismo y comunismo ubicada casi exclusivamente a nivel de la lucha política.

Nos referimos al estudio de Carmen Rosa Balbi (ver nota bibliográfica al final de este artículo). Para Balbi se trata de evaluar cuál de las dos fuerzas contrapuestas entendía la dirección del proceso histórico en esos momentos, analizar el programa de acción con el que contaban y revisar la práctica política de esos dos partidos. El fracaso del P.C. acaba siendo explicado por los errores cometidos, por la implementación de una táctica errónea que va dejando el terreno libre al P.A.P. y le permite ir acumulando fuerzas a éste. En una interpretación que marcha por ese sendero, el elemento valorativo ocupa un lugar central. Parece sugerirse que una táctica correcta hubiera sido la búsqueda por parte del P.C. de una alianza táctica con el aprismo, teniendo como objetivo una lucha común contra la oligarquía y el imperialismo. Queda implícita una comparación, hecha por nosotros, con el comportamiento de los comunistas alemanes de esos mismos años y su fracaso ante el nazismo, entendido como consecuencia de su negación a formar un frente con la social democracia.

Detengámonos en el problema de las alianzas. Quienes han criticado la táctica de "clase contra clase" de los comunistas alemanes no siempre han tenido en cuenta el escaso interés de la social democracia en una eventual alianza con los comunistas y su tolerancia del fascismo. Al respecto puede ser ilustrativo el sólido estudio de Enzo Collotti, *La Alemania Nazi*, cap. II. Pero regresando a los problemas peruanos, sería igualmente necesario preguntarse acerca de la posibilidad de esa supuesta alianza entre comunistas y apristas. Esta pregunta tiene que ir acompañada por otras: ¿en qué medida el aprismo representaba en esos años una nítida posición anti-imperialista y, paralelamente, en qué medida podía el aprismo garantizar una posición consecuentemente anti-oligárquica? Fueron los temas de la polémica Haya-Mariátegui. Las críticas que José Carlos Mariátegui hizo el año 1928 al aprismo adquieren, a nuestro parecer, mayor validez el año 1930 cuando ese frente ant imperialista latinoamericano que había sido el APRA, se convierte ya definitivamente en un partido nacional.

Pero no estamos "justificando" a los comunistas del año 30. Si se trata de señalar sus "errores" debemos decir, como lo hemos sugerido páginas atrás, que ellos existieron y no fueron pocos.

¿Cuáles serían estos "errores"? Tal vez convenga empezar por definir la táctica de "clase contra clase", en la forma como fue entendida en el Perú de esos años. Partamos de un volante mimeografiado, sacado por la C.G.T.P. el 19 de Junio de 1930. Dice lo siguiente: "Nos colocan organizados compactamente como clase productora frente a los capitalistas, patronos y el aparato de

represión burguesa: el Estado. La guerra de clases que se ha venido desarrollando día a día surge abiertamente en todo su vigor". Esto fue escrito con anterioridad al mayor ascenso de las movilizaciones populares. Se confundía, en ese volante y en otros similares que circularon meses después, la lucha espontánea de los trabajadores, la lucha instintiva de un proletariado que recién estaba emergiendo, con la lucha consciente, con el cuestionamiento político del orden establecido. Se razonaba a la sociedad peruana como si fuera una sociedad moderna y desarrollada, con una estructura de clases definida, donde dominara nítidamente el enfrentamiento del Capital contra el Trabajo. También se puede comentar cómo obedecía ese texto a una mala comprensión del Estado, entendido simplemente en su limitada acepción de "violencia", olvidando los mecanismos consensuales.

Los comunistas creyeron que vivían la crisis final del capitalismo en el Perú y que la revolución era absolutamente factible en esos días. Por eso quisieron transformar cualquier movimiento de masas, mejor aún, cualquier motín, en un acto revolucionario, buscando la inmediata constitución de "soviets". El único modelo que podían tener presente era el modelo soviético en la versión de la III Internacional y el propósito que los animaba era aplicarlo sin modificación alguna. En un volante impreso a fines de 1930 precisan sus procedimientos de acción al interior del movimiento obrero: "dos tareas fundamentales nos plantea la situación presente. Primero: un activo trabajo de reclutamiento, creación de nuevas células de barrio y de fábrica, nuevos elementos que aumenten nuestras filas; ¡Camaradas del Partido a las fábricas en busca de nuevos militantes! Segundo: organización disciplinada y autodefensa, cada célula, cada comunista debe organizar los elementos más activos, más valientes, obreros sin partido, en comités de lucha contra la reacción y contra el fascismo". Ante la inminencia de la revolución se trataba de realizar un rápido reclutamiento de nuevos cuadros, pero la acción del partido se dirigía exclusivamente a los sectores "más desarrollados" del movimiento popular, en desmedro de un trabajo más amplio, que le asegurara un sustento popular mayor. A todo lo anterior se sumaba una actitud defensiva, que nacía de la calificación de fascista al sanchezcerrismo e incluso de social-fascista a los apristas. El reclutamiento individual que hemos señalado adquiriría un significado más aislacionista si lo relacionamos con la confusión reinante en las filas comunistas entre sindicato y partido. Se descuidó la línea de masas.

Entre los meses finales de 1930 y los primeros meses de 1931, el

ultraizquierdismo de los comunistas, alentado por la política seguida entonces por la III Internacional, llegó a combinarse con la radicalidad espontánea de las masas. Pero esta radicalidad no fue uniforme, ni organizada. Las protestas estallaban indistintamente en Talara, Chiclayo, Cerro de Pasco, Arequipa o Lima, y en momentos diferentes. En cada uno de esos lugares, bastante alejados y diversos, los comunistas quisieron luchar por sus objetivos, pero lo hicieron con similar desorden y espontaneidad. De esta manera, sin haberlo premeditado desde luego, no pudieron ser la "dirección consciente del proletariado".

Pero el ultraizquierdismo tuvo otra consecuencia: la incidencia exclusiva en las contradicciones de clase llevó a que los comunistas terminaran dejando de lado el problema nacional, o por lo menos un aspecto de éste.⁴ Con la penetración del imperialismo americano y el acrecentamiento de la dependencia durante el período de Leguía (nuevas empresas imperialistas y costosos préstamos yanquis), se desarrolló un fuerte movimiento nacionalista en diversas capas de la población. Los conflictos más radicales en los años de la crisis transcurren al interior de empresas imperialistas como la *International Petroleum* o la *Cerro de Pasco*. Incluso la huelga de colectiveros de Lima tiene como finalidad oponerse a una empresa norteamericana (la Metropolitan) que quería monopolizar el transporte urbano. Pero también se notan elementos más claros de una conciencia nacionalista. Así para los mineros, su lucha contra la Cerro, no era sólo contra una empresa explotadora, sino también era la lucha contra una empresa extranjera. Sin embargo, los comunistas calificaban a todo nacionalismo como "chauvinismo". Ellos consideraban que en todo caso la lucha contra el imperialismo había de pasar previamente por la lucha de clases. Teóricamente era irrefutable, pero en la práctica habría sido tal vez más lógico y efectivo partir de

4 Este fenómeno se repitió en los otros P.C. de Latinoamérica. "Los partidos comunistas de la región —dice Régis Debray— que relevaron a los socialistas en los treinta, no tuvieron más suerte que sus antecesores. Si bien su internacionalismo era evidentemente más riguroso y más consecuente, tampoco consiguió fundirse con la corriente nacional. Más propensos al antifascismo que al antimperialismo, subordinaron siempre el segundo al primero. ¿Por qué? Porque la lucha antifascista era en Europa, en el momento de la fundación y el auge de los partidos comunistas latinoamericanos, la tarea fundamental del movimiento obrero y porque esos partidos, destacamentos avanzados del movimiento obrero en América, transportaban con la disciplina del soldado y la poca vista del prébita consignas y análisis de un continente a otro.

En los documentos del P.C. se reitera hasta la saciedad el apoyo a la Unión Soviética, y la lucha contra el fascismo, en desmedro de términos como "nación", "nacionalismo", "lucha antimperialista", etc. Para ellos el nacionalismo era una actitud pequeño burguesa o burguesa. Pero este rechazo no sólo debe explicarse por la concepción ideológica que lo sustenta o por la influencia europea; intervienen también condicionamientos internos, la juventud de estas organizaciones y el poco conocimiento de los países donde actuaban, como consecuencia de lo anterior.

esa conciencia espontánea, de ese nacionalismo instintivo, para tratar de desarrollar una verdadera conciencia de clase.⁵ Además habría que decir cómo los comunistas omitieron comprender el nacionalismo de la pequeña burguesía, como veremos más adelante.

Los comunistas sólo buscaron entender un aspecto del problema nacional en el Perú: el problema de las llamadas "nacionalidades quechua y aymara". Uno de los puntos centrales del programa simbólico que levantaron en el proceso electoral de 1931, fue la lucha por buscar una autonomía política y cultural de esas nacionalidades. Dejemos a un lado la discusión sobre la validez de ese análisis (¿existían esas nacionalidades o se trataba de grupos étnicos simplemente?) para reiterar la poca utilidad de esa consigna en una coyuntura caracterizada por el silencio de las masas indígenas.

La falta de un adecuado planteamiento del problema nacional, el ultraizquierdismo, la actitud defensiva y el mal tratamiento de la actividad sindical contribuyeron a un paulatino aislamiento del Partido y a convertirlo en fácil blanco de la represión.

Conviene subrayar un hecho olvidado en muchos estudios sobre la época: entre fines de 1930 y las elecciones de Octubre de 1931 los comunistas soportaron todo el peso de la represión. Aunque los líderes apristas fueron perseguidos, el fenómeno no es comparable con lo que tuvieron que soportar los comunistas. El Partido fue declarado ilegal como ya dijimos, y sus principales líderes sindicales acabaron presos (como Gamaniel Blanco)⁶ o tuvieron que permanecer en la clandestinidad (como Ravínez o Pavlitch). Sus eventuales bases de apoyo entre los cañeros o los mineros fueron objeto de una despiadada represión.⁷ Cuando llegan las elecciones el Partido no está en condiciones de

5 Martínez de la Torre aconsejaba de esta manera a Jorge del Prado, que se encontraba en julio de 1930 en Morococha: "veo que su labor más interesante, por el momento, consiste en demostrar a los camaradas mineros que no es un problema de nacionalidad sino un problema de clase. La explotación en las minas es un fenómeno netamente capitalista, completamente independiente de la religión, raza o país. A los mineros tiene que serles indiferentes que el que les extraiga la plusvalía sea el Cerro de Pasco Cooper Corp. o el señor Proaño, la lucha se plantea, pues, para ellos, en un definido terreno proletario, y por consiguiente de lucha de clases".

6 Gamaniel Blanco murió en El Frontón. Un volante del Comité Ejecutivo del P.C. denunció las terribles condiciones que soportaban los militantes en prisión: "Blanco y nuestros camaradas fueron privados de frazadas, condenados a dormir sobre el pavimento; en la celda donde apenas caben dos personas fueron encerrados seis y ocho presos; se prohibió que se les entregaran las encomiendas que se les remitía; se les privó totalmente de aire, manteniéndolos encerrados día y noche. Estas condiciones imperan hasta el presente en El Frontón. Son estas criminales medidas las que han arruinado la salud de Blanco y la de muchos de nuestros compañeros presos".

7 La C.G.T.P. había sido disuelta por el gobierno desde el 12 de Noviembre de 1930, por el decreto ley No. 6926. Los movimientos de Morococha, Chiclayo y Talara terminaron con un alto número de muertos. El 13 de Julio de 1931 se produjo la masacre de Talara, con un número indeterminado de muertos, arrojados al mar. El movimiento de los estudiantes de San Marcos de Enero-Febrero de 1931 terminó con la muerte de Guido Calle y otras víctimas no determinadas.

poder explotar en función de su propaganda, ese momento.

Pero estos son "errores" del Partido vistos desde un escritorio y desde el año 1977. Muchas cosas han cambiado en el marxismo. Es fácil señalar "errores" con un mínimo conocimiento de desarrollos nuevos del marxismo como el pensamiento de Gramsci, las contribuciones teórico-prácticas de las revoluciones posteriores a la década del 30; además siempre es fácil criticar desde fuera de la coyuntura, cuando uno escribe sin premuras, amenazas o temores. No era esa la situación de los dirigentes comunistas. Ellos actuaban al interior de una coyuntura en la cual los acontecimientos se sucedían a un ritmo demasiado intenso, los escenarios y los protagonistas cambiaban demasiado rápido; no podían darse el lujo de una tranquila reflexión. Los instrumentos con los que contaban no eran muy refinados y se limitaban casi a las recomendaciones de la Internacional. Es por esto que creemos necesario ponderar adecuadamente esos "errores" y si bien es necesario atender a las ideas y a la práctica de los hombres es necesario ubicarlos siempre al interior de su época, en el momento que viven, no para señalar fácilmente los "errores", sino para comprenderlos, entender en todo caso por qué se produjeron y preguntarse en qué medida eran inevitables. La coyuntura no se puede entender sin la sociedad. La política no es una esfera aislada y no se le puede estudiar autónomamente.

Una experiencia reciente y dolorosa de la historia latinoamericana puede ayudarnos a exponer estas ideas. Se trata del proceso chileno y el golpe militar. Una coyuntura extrema en torno a la cual han surgido, como en relación al fracaso de los comunistas peruanos del año 31, una serie de profetas a posteriori, críticos aservos y buscadores de "errores". Pero frente a esas posiciones fáciles se deben extraer todas las enseñanzas posibles de un análisis lúcidamente mesurado como el que realiza Regis Debray. La cita es larga, pero se justifica por su contenido metodológico, porque señala un derrotero claro para una justa comprensión de la historia política:

"No burlarse, no irritarse, sino antes que nada comprender: la divisa spinozista se impone aquí. Porque estamos ante un ejemplo concreto de opción en el que se juega una estrategia. . . No se trata de justificar la pasividad o las dilaciones del gobierno en el último período, cuando carente de medios, dejó prácticamente sin réplica la escalada del terrorismo y del sabotaje reaccionarios; se trata, si no se quiere jugar con la revolución, de tomar en cuenta las coacciones objetivas, determinadas por toda la *historia pasada de la formación nacional chilena* y del *movimiento obrero*, estrecho desfiladero en el que había de maniobrar el gobierno y en el que se había encontrado metido desde el primer día, por las condiciones de su acceso al

“poder”. (los subrayados son nuestros).

Se trata entonces de ubicar al momento del análisis final, a los hombres y a los acontecimientos producto de su voluntad, en relación con la historia y con la clase (o las clases). ¿Pero cuál es el peso de los acontecimientos? Trotsky, por ejemplo, refiriéndose a la Revolución Rusa, piensa que ella hubiera sido imposible, o por lo menos se hubiera postergado, sin la presencia, la acción y las ideas de Lenin en Abril de 1917. Desde luego que este problema no debe confundirse con las absurdas discusiones sobre el azar y la historia, satirizadas con el ejemplo de la “nariz de Cleopatra”. Nuevamente Debray, refiriéndose al caso chileno, realiza otra reflexión sugestiva sobre el tema:

“... si remontamos la cadena de causas, es preciso llegar hasta el final, completamente aguas arriba, y se verá ahí que no es una casualidad, ni un error de concepción, ni una prueba de ceguera o de mala voluntad si el gobierno rodó por la pendiente como ocurrió. Porque, en cuanto a lo esencial, no podía hacer otra cosa”.

Entonces volviendo a los años de la gran crisis en el Perú y a la actuación de los comunistas, debemos preguntarnos de manera más precisa en qué medida esos “errores” —“errores” que percibimos obviamente desde fuera de la coyuntura— eran evitables, o “en lo esencial no podían hacer otra cosa”. El problema es un problema recurrente y central en la interpretación histórica: la relación entre individuo(s) y sociedad que preocupaba a Lucien Febvre; la voluntad y la estructura, la historia viva y el peso de la historia muerta. No se trata de derivar en una “discusión teórica”; se trata de tener presente todas estas cuestiones (con sus implicancias) al ocuparnos de la actuación de los comunistas. Una primera enseñanza: hay que acercarnos al conocimiento de la sociedad peruana de principios de siglo, a las fuerzas sociales y a las tensiones que la caracterizan, por un lado, y hay que estudiar a la clase llamada —por lo menos desde la perspectiva comunista— a transformar esa sociedad: el proletariado. El proyecto así enunciado sobrepasa las limitaciones de este artículo. Por el momento sólo nos acercaremos al problema, lo que significa en este contexto aproximarse a la historia concreta. Veremos rasgos del primer aspecto (la sociedad) y directamente sólo el segundo (la clase).

Un somero análisis de la condición del proletariado peruano nos ayudará a entender las limitaciones, difíciles de salvar cuando menos, que tuvo que afrontar el nuevo partido que quería representar sus intereses y encarnar su proyecto histórico.

El proletariado peruano era muy joven. Su historia marchaba paralelamente con el siglo, lo cual lo hacía más joven incluso que el proletariado de otros países latinoamericanos como Argentina o Chile. Pero además se trata de un proletariado numéricamente muy reducido, que aparece todavía poco diferenciado de los artesanos. En Lima en el año 1920 existirían 37,747 trabajadores, de acuerdo con el análisis del censo de ese año hecho por Piedad Pareja. La cifra anterior puede impresionar, pero si vemos con algún detenimiento quienes son esos trabajadores vamos a encontrar que la mayoría de ellos son artesanos. Lógicamente hay una gran heterogeneidad de ocupaciones pero las más importantes son costureros (7,708), lavaderos (6,878), albañiles (3,291), carpinteros (2,901) y zapateros (2,325). Un lugar secundario lo ocupan las actividades próximas al mundo obrero, como tejedores (1,959), el impreciso grupo de "industriales" (1,778) y los tipógrafos (464). Otras referencias estadísticas indican más de 2,500 personas ubicadas en las fábricas de tejidos de algodón de Lima.

Para 1931 no habría variado sustancialmente la composición de la población laboral de Lima. Durante la época de Leguía no se produjo un significativo incremento de la actividad industrial⁸. Pero indudablemente las cifras anteriores habrían aumentado como consecuencia del proceso migratorio y en general del crecimiento urbano. El año 1920 Lima tiene 199,843 habitantes, para llegar al año 1931 a la cifra de 333,623⁹. En ese mismo lapso se forman cuatro barriadas. Antes sólo había una, La Tablada de Lurín. Las nuevas se denominan Julio C. Tello, Armatambo, Matute y Cerro del Pacífico. Otra fuente estadística —y en todo esto proseguimos empleando los datos pacientemente reunidos por Piedad Pareja—, señala que entre 1920 y 1931 llegaron a Lima 118,629 migrantes procedentes de diversas provincias, siendo las más importantes Junín, Ica, Ancash y Arequipa.

Estos migrantes y los artesanos estarán entre la población urbana afectados por la crisis. El año 1931 los gremios que tuvieron soportar más duramente la desocupación en Lima fueron los de albañiles, carpinteros, empapeladores,

8 El tema de la industrialización durante el oncenio es motivo de polémica. Rosemary Throp y Geoff Bertram sostienen que no hubo un crecimiento industrial. Lo mismo argumenta Piedad Pareja. Estos autores han sido criticados por Baltazar Caravedo (Cf. *Debates en Sociología*, No. 2.).

9 La cifra se refiere específicamente a los "distritos urbanos" de la provincia de Lima.

plomeros y gasfiteros.

Conviene señalar, por último que tratándose de la actividad industrial en Lima, en Trujillo o en Arequipa, ésta estaba apenas en sus inicios. En Lima apenas podíamos contar nueve fábricas textiles. En Arequipa merecía ese nombre una, *La Industrial*; podemos añadir algunas otras fábricas de cigarros, fósforos, galletas y la Cervecería Alemana. Pero todas estas empresas se caracterizaban por una baja composición orgánica de capital. Eran empresas poco tecnificadas. Se trataba de una actividad predominantemente manufacturera, donde se propiciaban relaciones directas (y hasta paternas) entre el trabajador y el patrón. Salvo la industria textil, en general se observa una baja concentración de trabajadores. Eran otros obstáculos para la aparición de una cabal conciencia de clase.

Aparte de su juventud y de su reducido número, algunos núcleos significativos de este proletariado estaban ubicados en los servicios y transportes donde, como afirma Carmen Rosa Balbi, "no hay (evidentemente) sujeción a las condiciones de trabajo que impone la fábrica. Esto va en desmedro de las condiciones materiales objetivas que permiten la gestación de una vanguardia netamente proletaria". Precisamente esos trabajadores ocuparon un lugar importante en las filas iniciales de la C.G.T.P., después de los textiles y de los gráficos. Existía, por ejemplo, la Federación de Tripulantes con 600 trabajadores, la Federación de Ferroviarios con 2,000 trabajadores, la de choferes con 2,500, los motoristas que eran algo más de 500. Evidentemente estos ferroviarios y choferes no estaban sujetos al mismo tipo de relaciones de producción que caracterizaban a los textiles aunque su importancia fue decisiva en algunas regiones. En Arequipa, por ejemplo, el proletariado urbano era reducidísimo, en cambio era significativo el número de ferroviarios, ubicados precisamente en ese elemento clave para la articulación de Arequipa con el sur: el ferrocarril.

El proletariado peruano de principios de siglo era, como hemos venido sugiriendo en estas páginas, fragmentado en términos ocupacionales y geográficos. Dos ejemplos pueden ser el proletariado minero, ubicado en campamentos apartados por su altitud, al interior de los cuales las empresas podían ejercer un fuerte control sobre los trabajadores, y los petroleros de Talara, en un medio absolutamente distinto, en la costa desértica e igualmente aislada geográfica y socialmente. En las haciendas cañeras, otro caso ilustrativo, los dueños y administradores, siguiendo viejos usos coloniales, buscaban mantener a sus trabajadores sin contactos con el mundo exterior, empleando diversos mecanismos de vigilancia interna y combinando un duro trato (la violencia), con dosis

adecuadas de paternalismo. Los activistas que quisieron formar sindicatos en esas haciendas tuvieron que valerse de miles de artimañas para violar una vigilancia impermeablemente rígida. Todas estas situaciones se producían al amparo de un Estado débil, cuyos límites llegaban hasta la entrada de los campamentos mineros o petroleros (los de la I.P.C. incluso contaban con cercos) o los linderos de las haciendas¹⁰. La empresa o el patrón eran allí la ley. Por eso no obstante haber sido decretada en 1919, todavía en 1921 la jornada de las ocho horas no se cumplía en el país.

Aparte de ser un proletariado fragmentado era además un proletariado poco depurado, en el cual subsistían los vínculos con el campesinado o no había una clara diferenciación con los artesanos. El salario, como lo muestra el estudio de Manuel Burga sobre el valle de Jequetepeque, no regía cabalmente las relaciones existentes en las haciendas. Todavía seguían en actividad los enganchadores (Scott). En las minas, la mayoría de los trabajadores eran un proletariado mixto o transitorio, que alternaba el laboreo minero con sus ocupaciones tradicionales en las comunidades. Eran en definitiva campesinos recién arribados al mundo obrero.

En estas circunstancias no puede extrañar el retraso en la actividad sindical peruana. Tampoco debe extrañarnos la tardía fundación del Partido Comunista en el Perú, si comparamos con la fecha de nacimiento del partido chileno o cubano.

Pero nada de lo anterior debe interpretarse como un cuestionamiento en el papel dirigente del proletariado. Si bien era una clase joven, de reducido número y con una serie de limitaciones, era una clase en proceso de conformación, en crecimiento, era la clase del futuro, cuyos intereses y dirección garantizarían una efectiva transformación de la sociedad peruana.

Estos problemas fueron percibidos claramente por José Carlos Mariátegui. Nadie como él —en su polémica con Haya de la Torre, en su labor de construcción partidaria, en sus escritos— afirmó el carácter dirigente del proletariado en el Perú, pero esto no fue óbice para que no viera sus limitaciones, y la consiguiente importancia que tenía el campesinado en una sociedad como ésta.

La debilidad numérica del proletariado se vería compensada en un movimiento en el que se comprometiera a la fuerza masiva del campesinado y a

10 Un trabajador de Pucalá nos dijo que sólo en 1929 apareció la policía en Lambayeque, antes el orden había estado controlado por el gobernador y los gendarmes puestos por los hacendados.

otros sectores sociales. Para esta empresa sería de importancia fundamental algunos sectores, como el proletariado minero precisamente por sus vinculaciones con el mundo rural. Además, el proletariado, desde sus orígenes, aparecía en directo enfrentamiento con el imperialismo y ésto lo colocaba objetivamente en condición de liderar una revolución con objetivos nacionales. Este proletariado no se benefició nunca de la penetración imperialista.

La condición numéricamente reducida del proletariado peruano sirvió de argumento a Haya de la Torre para, junto con otras razones, postular la hegemonía de la clase media en el frente anti-imperialista. Pero ocurre que para Haya además la clase más oprimida por el imperialismo era la pequeña burguesía y no el proletariado, que por el contrario podría beneficiarse de esta dominación: "Es necesario, pues, anotar que la clase que primero sufre con el empuje del imperialismo capitalista en nuestros países no es la incipiente clase obrera ni la clase campesina pobre o indígena. El obrero de pequeña industria y el artesanado independiente, al ser captados por una nueva forma de producción con grandes capitales, reciben un salario seguro y más alto, devienen temporalmente mejorados, se incorporan con cierta ventaja a la categoría del proletariado industrial. Venden su trabajo en condiciones más provechosas. . .", y una página más adelante en el *Antimperialismo y el APRA* llega a decir que el imperialismo americano ". . . sólo ofrece ventajas y progreso en su iniciación". Todo ésto fue argumentado como si los campesinos aceptaran con entusiasmo la proletarianización y como si fueran óptimas las condiciones de trabajo y de vida en las empresas americanas. La realidad de entonces, y las investigaciones recientes sobre la historia del movimiento obrero peruano, cuestionan todas esas afirmaciones. Pero, si bien tampoco ofrecía el aprismo un análisis correcto del papel de las clases medias, se ocupaba de ellas, como en cambio no lo hicieron los comunistas. Y ésto fue importante en términos del éxito electoral del aprismo. Hemos señalado cómo las grandes masas quedaron excluidas del proceso electoral, lo cual sucedió en la misma proporción con las capas medias. Pero, cuestión aparte, esas capas, y especialmente los intelectuales, tuvieron un lugar decisivo en el desarrollo y la propaganda del programa aprista. Es por esto que nos vamos a referir a continuación a los intelectuales. Ellos jugaron un cierto papel de nexo entre el partido y el movimiento obrero y popular. Fueron eficaces "agentes del consenso" y en esta medida no puede dejar de tenerse en cuenta para la misma comprensión del movimiento obrero de esos años.

Durante las primeras décadas del siglo XX cambió el carácter y la composición de la intelectualidad peruana. Los intelectuales aumentaron en número con el crecimiento del Estado y sus oficinas públicas, con la difusión de la educación y con un relativo impulso de la vida universitaria, en un intento de responder a los reclamos de una economía en pleno cambio. El desarrollo de la agricultura de exportación requería de técnicos y de una cierta planificación para lo cual en los inicios de este siglo aparece lo que después será la Universidad Agraria. Otro tanto ocurrió con la escuela de Ingenieros, en relación a la expansión urbana, la red vial y la formación de grandes complejos mineros.

Pero el desarrollo de la vida intelectual respondía también a otras preocupaciones. El crecimiento de las capas medias en provincias va a generar un cambio en la composición de las universidades. Los estudiantes dejarán de tener una monolítica extracción oligárquica y limeña, en beneficio de las capas medias y de los provincianos. Aparece, por ejemplo, un alumnado diferente en San Marcos y renacen universidades de provincias como la de Arequipa, Trujillo y el Cuzco.

Para la sociedad oligárquica los intelectuales no habían sido imprescindibles. Una dominación que se basaba en la dictadura más que en el consenso, no requería de una concepción orgánica de la realidad, de un corpus ideológico coherente, que en el peor de los casos podía ser cubierto con el auxilio de la iglesia. Estos nuevos intelectuales no tendrían una acogida entusiasta de parte de la oligarquía. Todo lo contrario, serán cuando menos un contratiempo, para el control monolítico que ejercían en todos los campos de la sociedad.

Frente a una universidad de corte definitivamente elitista, donde se cultivaban sólo las actividades y las profesiones tradicionales como era San Marcos a principios de siglo y con un profesorado controlado por las familias oligárquicas, los nuevos estudiantes propugnaron el movimiento de Reforma Universitaria, que no fue una simple repetición de los sucesos de Córdoba, porque ya con anterioridad se había manifestado en la Universidad del Cuzco. Los objetivos de la Reforma que se limitaban al campo académico, al criticar a algunos profesores y ciertos métodos de enseñanza, terminaron chocando con los intereses oligárquicos. De hecho el movimiento contribuyó a la democratización de las universidades.

Entre 1920 y 1929 el alumnado de las universidades de Lima pasó de

1,344 estudiantes a 2,278 y a nivel nacional durante esos mismos años la población universitaria pasó de 1,741 a 2,523 estudiantes.

Pero junto a la vida universitaria hay todo un importante movimiento intelectual que transcurre fuera de las aulas. Se trata específicamente del movimiento indigenista, toda una corriente de recuperación de reivindicación de la cultura tradicional peruana, que fue el intento más ambicioso por desarrollar una verdadera cultura nacional y popular. El indigenismo tomó caminos variados: la poesía (Gamaniel Churata y otros poetas del altiplano), la pintura (Sabogal), el ensayo (Luis E. Valcárcel), también la novela, la crítica literaria e incluso un abortado intento de cine nacional. Con una orientación similar se promovieron diversas revistas como *La Sierra*, *Boletín Titicaca*, *Pacha*, *Boletín Kuntur*, etc. Se formaron grupos de intelectuales, entre los cuales un ejemplo es la célebre bohemia de Trujillo. Con mayores propósitos y una clara filiación indigenista se constituyó en Cuzco el llamado grupo Resurgimiento.

Pero el indigenismo no llegó a desarrollar lazos orgánicos con el campesinado. Algunas de las posiciones más radicales eran formas encubiertas de paternalismo; otros se limitaban a asumir actitudes mesiánicas, pronosticando un renacer de la raza indígena. Tampoco adquirió el indigenismo un claro perfil político. En el movimiento se combinaban fuerzas diferentes y hasta antagónicas y detrás de él incluso se escondieron algunos defensores del gamonalismo. A estas limitaciones se añade lo discutible de algunas producciones hechas bajo su nombre. Pero con todas estas limitaciones y críticas, fue una respuesta, una contestación a la intelectualidad dominante, renovó el ambiente y abrió muchas puertas.

El indigenismo marchó paralelamente con la preocupación por el conocimiento de los problemas peruanos. En realidad el tema de los intelectuales de entonces fue el Perú, en el más amplio sentido del término y en todos los campos. En la economía y en la geografía, con los trabajos de Emilio Romero; en la historia literaria, enunciada como la historia de la formación de una cultura nacional, en el proyecto inicial de la literatura peruana de Sánchez; en la sociología y la historia a través de la síntesis magistral de Mariátegui o los estudios de Jorge Basadre.

La universidad no fue suficiente para todas estas inquietudes. Se desarrollaron otros mecanismos como las revistas, que ya señalamos, y el periodismo. El siguiente cuadro resulta suficientemente ilustrativo.

Periódicos y revistas publicados en el Perú

AÑOS	Número	AÑOS	Número	AÑOS	Número
1918	167	1924	291	1928	473
1919	184	1925	347	1929	475
1920	197	1926	366	1930	443
1921	228	1927	430		

Fuente: Ministerio de Hacienda y Comercio, *Extracto Estadístico del Perú*, 1931, p. 226.

De los 473 periódicos y revistas editados el año 1928, 150 se habían establecido ese mismo año o el año anterior. La gran mayoría de esas publicaciones tenían como tema predominante a la política (182) seguían las de carácter literario y artístico (88), y luego las comerciales e industriales (67). Apenas 31 de ellas tenían un contenido religioso dominante. Desde luego que la gran mayoría eran editados en Lima (254), pero ya los provincianos estaban presentes en las redacciones de la capital.

Aunque limitados y con muchas deformaciones, se produjeron intentos en favor de una vinculación entre intelectuales y trabajadores. Fue una aspiración anunciada por los estudiantes que tuvo una concretización en las llamadas Universidades Populares Gonzales Prada. Allí enseñaron, por ejemplo, Porras y Sánchez. Cuando Mariátegui regresó de Europa dictó allí una serie de conferencias sobre la crisis mundial.

En medio de esta heterogeneidad de preocupaciones y de campos de acción, el elemento que articulaba los proyectos y la labor de los nuevos intelectuales era, como decíamos, la preocupación por el Perú. Es al interior del movimiento intelectual que se perfila con mayor claridad los elementos de una conciencia nacional. "No caracteriza a la actual generación —decía el historiador Jorge Guillermo Leguía refutando a Clemente Palma—, la desorientación y la superficialidad. Antes bien, se puede ahijar la convicción y demostrar con pruebas múltiples que no hubo entre las anteriores una que, como la que se inicia, profesara tan unánime y fecundamente el clero nacionalista". De manera similar Basadre distinguía entre el nacionalismo-pasatiempo y el naciona-

lismo-problema de la nueva generación, con el que “disminuyó el número de los deslumbrados ante Europa y aumenta el número de los que quieren dar fe del Perú”. Pero la fe nacionalista no era muy precisa y tenía muchas ambivalencias. Mariátegui intentó atraer hacia el marxismo a estos intelectuales, tempranamente se dio cuenta que ellos tenían una importancia capital en la tarea de construir el pensamiento marxista en el Perú. *Amauta* sirvió, con una gran amplitud de criterio, en esta empresa, que debía de pasar por la necesaria organización y vinculación de los intelectuales. Algunos no vieron ninguna contraposición entonces, entre sus proyectos individuales y esa tarea colectiva. Jorge Basadre, por ejemplo, combinó sus preocupaciones por el origen de la República y la erudita investigación en archivos y bibliotecas, con un claro acercamiento al marxismo. Pero esta labor que requería de paciencia, lamentablemente no fue continuada por los comunistas.

Cuando llegaron los años de la crisis y los intelectuales tuvieron que abandonar el aislamiento o las fáciles posiciones intermedias, algunos de ellos derivaron en las posiciones del partido Descendralista y la mayoría se incorporó a las filas del aprismo. Los comunistas, no percibieron con claridad la importancia de esta pérdida. Los apristas en cambio sí supieron emplear adecuadamente a esos nuevos adeptos. De otra manera no se explica lo prolífico que fue el Partido Aprista en libros y folletos entre 1930 y 1933. Para citar sólo algunos mencionemos los estudios sobre minería de Muñiz sobre el problema de la mujer de Magda Portal, sobre economía y religión de Luis A. Sánchez, los folletos similares de Seoane, Heysen, Orrego e incluso las poesías de Alberto Hidalgo. Ellos contribuyeron a invitar a otros sectores de la pequeña burguesía a las filas del aprismo. Desarrollaron una concepción orgánica, que no es lo mismo que acertada, del país, e hicieron una propaganda eficaz entre los sectores populares; ejercitaron el periodismo en las páginas de *La Tribuna*.

Para abreviar, creemos que fueron tres los factores que restaron fuerza al P.C. entre los intelectuales: a) una concepción de la sociedad en la que la lucha de clases se limitaba al enfrentamiento entre el capital y el trabajo; b) un mal tratamiento del problema nacional, cuando el nacionalismo pequeñoburgués se robustecía bajo los efectos de la crisis; y c) el afán por acelerar la proletarianización del partido, excluyendo de las tareas revolucionarias a otros sectores.

En estas concepciones intervenían elementos conscientes y políticas definidas de la Internacional. Pero indudablemente también influyó la marcha de los mismos acontecimientos, que con la especial intensidad que asumieron a

partir de la caída de Leguía, revasaron a la organización partidaria.

CONCLUSIONES

¿Pudo el comunismo convertirse en una alternativa para las clases populares el año 1931? En las páginas anteriores hemos tratado de mostrar cómo la táctica seguida en la coyuntura no fue precisamente la más adecuada. La táctica de "clase contra clase" podría ser verosímil, en todo caso, en un país con una estructura de clases moderna y definida, donde el Capital rigiere ya claramente la lógica de la sociedad y donde existiera por lo tanto una clase obrera depurada. No era el caso del Perú de esos años, cuando la clase obrera recién se formaba y tenía como inevitables características su juventud, la carencia de una vida sindical, la fragmentación ocupacional y espacial, una escasa diferenciación con el campesinado y los artesanos. . . En el mejor de los casos, en el caso del proletariado urbano, no había una gran concentración de trabajadores y la actividad industrial tenía un carácter manufacturero.

Con las características anteriores, durante la crisis su comportamiento fue una respuesta radical pero excesivamente espontánea, ante los efectos de la coyuntura económica. El Partido Comunista no pudo desarrollar y organizar ese espontaneísmo. La búsqueda desesperada de la revolución, el afán de convertir cada movimiento de masas en un soviet, no fueron los procedimientos necesarios para alcanzar el éxito. Por el contrario, los comunistas acabaron reflejando ese mismo espontaneísmo de las masas, heroico y valiente pero en definitiva estéril. El P.C. terminó expresando las debilidades del proletariado peruano.

De esta manera los comunistas permanecieron envueltos por los acontecimientos: no pudieron dominarlos. Afirmar la importancia del proletariado los llevó a descuidar el trabajo con otros sectores, como las capas medias y especialmente los intelectuales, muchos de los cuales pasaron a formar parte de los cuadros apristas.

Los comunistas creyeron estar viviendo una *coyuntura revolucionaria*. Pero, a partir de los acontecimientos que hemos reseñado debemos preguntarnos si realmente lo fue. De hecho se vivía una crisis económica y las condiciones materiales de las clases populares se tornaban insoportables; los aparatos políticos tradicionales dejaron de funcionar y la oligarquía era incapaz de implantar "su orden"; reinaba el descontento y el anhelo de una "gran transformación". Sin embargo conviene reiterar que los efectos del "crac del 29"

se manifestaron en las áreas más avanzadas de nuestra sociedad y que las movilizaciones tuvieron como principal escenario a las ciudades, y algunos centros laborales aislados, en un país escasamente urbanizado, con rígidas estructuras precapitalistas y donde la mayoría de la población estaba emplazada en el campo. En estas circunstancias es difícil pensar en una *coyuntura revolucionaria* sin una movilización masiva del campesinado.

En realidad el movimiento social expresaba las "deformaciones" del Perú de entonces; las disparidades espaciales y el desarrollo desigual de su economía. Años antes, los movimientos campesinos, sobre todo en el sur del país, habían transcurrido sin ningún apoyo significativo de las ciudades. Durante 1930 y 1931 sucede lo inverso.

La derrota del Partido Comunista manifiesta todas estas características del Perú. De ninguna manera ellas bastarían para explicar ese hecho, pero no podemos pasarlas por alto. A la carga pesada de la *historia anterior* se añadió el dogmatismo de la Internacional, la misma ignorancia que los comunistas peruanos tuvieron sobre su país y sobre la clase obrera y una serie de procedimientos tácticos nada exitosos. Cuesta trabajo pensar que con los medios que tenían entonces y con el peso de las circunstancias que soportaron, hubieran podido actuar de una manera radicalmente distinta. Tampoco habría que disminuir los efectos de una represión selectiva.

De esta manera los "errores" del P.C. adquieren su significación al interior de la lucha de clases y del proceso histórico. Esta sería la tesis central de este artículo. Indudablemente ha sido argumentada con una serie de limitaciones. No hemos hecho una caracterización del sánchezcerrismo, deberíamos de habernos detenido más en la actuación del aprismo, falta explicar por qué éstos, a diferencia de los comunistas, lograron salir con éxito de esos años difíciles o cómo logró el APRA cautivar a los sectores obreros. Pero, a pesar de ser grandes temas, sólo nos queda decir que nuestro propósito fue básicamente llamar la atención sobre los comunistas, cuya historia es poco conocida y debe ser hecha, porque como parte de la historia de las clases populares, puede ayudarnos a vislumbrar mejor nuestro futuro y alentar nuestra esperanza.

NOTA BIBLIOGRAFICA

En este artículo hemos hecho uso de las obras generales escritas sobre los años 1930 y 1931. Especialmente los estudios de Jorge Basadre *Historia de la*

República del Perú (6ta. Edición, T. XIV); Víctor Villanueva, *El Apra en busca del Poder* (Horizonte, 1975); Aníbal Quijano, *El Perú en la crisis de los años 30 e Imperialismo y clases sociales en el Perú 1897-1930*; Baltazar Caravedo, *Clases, lucha política y gobierno en el Perú (1919-1933)* (Retama, 1977); desde una perspectiva claramente partidaria hay una importante bibliografía producida por el aprismo en la que destaca los trabajos de Luis Alberto Sánchez: sus memorias, su biografía de Haya y su historia del APRA. Del lado comunista existen diversos folletos y artículos: Jorge del Prado, la revista *Crítica Marxista Leninista*, etc.

Existen también algunos estudios específicos sobre el tema. El más conocido es el artículo de Lisa North *Orígenes y crecimiento del Partido Aprista y el cambio socio-económico del Perú* (separata de Desarrollo Económico, No. 38, 1970, editada también por el Taller de Política de la Universidad Católica, 1976). Debe ser completado con la lectura del clásico libro de Peter Klarén *Formación de las haciendas azucareras y orígenes del APRA* (Instituto de Estudios Peruanos, 1976, 2da. edición). Una abundante información se encuentra en la tesis de Stein *Populism and mass politics in Peru: the political behavior of the Lima working class in 1931 election* (Stafford, 1973).

Pero, en términos de la bibliografía existente, hemos hecho uso especialmente de tres tesis elaboradas en el Programa de Ciencias Sociales de la Universidad Católica: la tesis de Dilma Dávila sobre *Talara, los petroleros y la huelga de 1931* (1976); el documentado e inteligente estudio de Piedad Pareja sobre *La crisis del anarquismo en el Perú (1919-1927)* (1976) y el texto de Carmen Rosa Balbi, *El APRA y el Partido Comunista en 1931* (1976). Este último trabajo es el más importante que se ha escrito en el Perú sobre el enfrentamiento entre aprismo y comunismo. La autora ha hecho uso de un abundante material inédito y ha propuesto una reflexión teórica a partir del análisis de esa coyuntura. No asumimos sus conclusiones, pero esto no significa negar sus altos méritos. Es un texto de consulta indispensable. A estas tres tesis debe añadirse la de Víctor Colque, *Dinámica del movimiento sindical en Arequipa: 1900-1968* (1976), que dentro de un interés mayor por los movimientos sociales y el regionalismo, proporciona valiosas referencias sobre los sucesos de Mayo del 31 en Arequipa.

La bibliografía sobre el período debe completarse con la consulta de la *Introducción a las bases documentales para la historia de la República del Perú con algunas reflexiones* (P.L. Villanueva, 1971) de Jorge Basadre. El autor realiza además una serie de agudas observaciones sobre el período. También es

imprescindible el conocimiento de las historias generales del movimiento obrero peruano, como el libro de Denis Sulmont y el de Agustín Barcelli. La segunda parte del libro *Los Mineros de la Cerro de Pasco*, de Alberto Flores Galindo, trata del comportamiento del proletariado minero durante la crisis. En lo que se refiere al problema nacional consultar *El debate sobre la cuestión agraria y el problema indígena y nacional a comienzos del siglo XX*, Augusta Alfageme y Mariano Valderrama (Departamento de Ciencias Sociales, U.C., 1977).

Finalmente en este texto hemos hecho uso también de fuentes de la época: periódicos, folletos, etc. Martínez de la Torre en sus *Apuntes para una interpretación marxista de la historia social en el Perú*, proporciona muchos materiales. En la Biblioteca Nacional hemos consultado la colección de volantes. En el Centro de Documentación de la Universidad Católica se conserva un folleto que contiene el análisis hecho por la III Internacional sobre el período. La Universidad de San Marcos, en el archivo ubicado en la Casona, guarda recortes periodísticos y otros materiales sobre el movimiento estudiantil de entonces. En el Archivo del Fuero Agrario hay abundante correspondencia sobre la vida sindical y los problemas laborales en las haciendas, especialmente en la sección correspondiente a Cayaltí.

El trabajo de campo realizado con un equipo de estudiantes en Lambayeque (*Memoria y clase en el Perú*) nos proporcionó también otros testimonios orales.

Aunque no se refiere directamente al período, para reflexionar sobre el carácter manufacturero de la industria de ese entonces, hemos recurrido a la valiosa tesis de Baltazar Caravedo, *Desarrollo Regional y Movimientos sociales en el Perú (Arequipa 1948-1956)* (U.C., 1976). Para uno de los autores, Flores Galindo, reportaron una gran enseñanza las conversaciones que sobre el tema sostuvo con Francisco Delich, profesor visitante en el post-grado de Ciencias Sociales, Universidad Católica.

Las menciones hechas evidencian de qué manera este artículo se ubica al interior de una serie de esfuerzos. Tiene un cierto espíritu colectivo. Obedecen al contagio de un ambiente creado por Rolando Ames, Sinesio López e Inés García desde sus cursos y seminarios en la Universidad Católica de Lima.